

RESEÑAS

JUAN SIGNES CODOÑER, *Escritura y literatura en la Grecia arcaica*, Madrid, Ediciones Akal, 2004, 391 pp.

El objetivo primario de este trabajo nace de la pregunta de si es posible afirmar la verosimilitud o no de la transmisión por escrito de la *Iliada* y la *Odisea* desde el siglo VIII. Esto lleva al autor a hacer una reflexión global previa sobre el papel de la escritura en la Grecia arcaica y, fundamentalmente, en relación con la creación poética (pp. 7 y 10). El campo de trabajo trasciende así la cuestión homérica y se amplía al análisis de las investigaciones realizadas en grafemática, epigrafía, historia antigua y poesía arcaica. Se aglutinan, por primera vez, investigaciones y puntos de vista que habían sido objeto de tratamiento separado por los especialistas (p. 8).

Anuncia el autor en el capítulo I (Consideraciones Generales) su intención de demostrar el carácter oral de la literatura arcaica al no haber un uso sistemático de la escritura y de reforzar la hipótesis de la tardía composición del texto homérico.

Para saber si la poesía fue consignada por escrito desde el primer momento, el autor vuelve a plantear (cap. II) todas las cuestiones inherentes al alfabeto griego (quién / quiénes, dónde, cuándo, por qué y cómo) y analiza las tesis propuestas. Considera que la introducción del alfabeto en el mundo griego no es obra de un individuo genial, sino que corresponde a un proceso cultural más amplio. Así, frente al modelo difusionista (monogenético), que explicaría las variantes epicóricas, propone recuperar la tesis de la adaptación automática del alfabeto fenicio a la lengua griega, la cual se produciría simultáneamente en distintos lugares de Grecia (tesis poligenética). Las correspondencias arbitrarias, que son la base del modelo difusionista, se pueden explicar por la influencia de unas áreas sobre otras, lo que le lleva a proponer la tesis de readaptación en la difusión (pp. 36-37). En este punto, Signes señala que el verdadero problema no radica, en principio, en postular un

origen único del alfabeto frente a la existencia de varias adaptaciones, sino en trazar un esquema de la evolución completa de los primitivos alfabetos, pues los datos disponibles son insuficientes.

La técnica de la escritura griega está extendida en la segunda mitad del siglo VIII por numerosos puntos de la cuenca del Mediterráneo, mientras que en el segundo cuarto de siglo sólo se detectan usos esporádicos. Incide el autor en que no hay que reducir a una única causa el origen del alfabeto, pues éste se adaptó a un sistema concreto de escritura, el fenicio, con unos usos definidos, y cada zona de Grecia se fue sirviendo de esos usos según sus necesidades.

El estudio de la tipología de las inscripciones arcaicas (legales, funerarias, cerámicas y privadas), junto con la información de las fuentes literarias de la época clásica y postclásica para las *poleis* de Esparta y Atenas (cap. III), permiten concluir que en los primeros siglos del arcaísmo la cultura oral era la base del comercio y la legislación y que la difusión de la escritura se concentraba en la clase de los artesanos y de la aristocracia, lo que no implica una gran extensión y ni un gran nivel. El uso de la escritura se va extendiendo a medida que avanzamos por el siglo VI. Las fuentes literarias señalan que en Atenas el régimen de los tiranos impulsó su conocimiento en la sociedad; y que en Esparta su uso fue limitado y ajeno al esplendor poético que vivió la ciudad en el siglo VII.

No hay nada, por tanto, que demuestre la necesidad de una transmisión escrita de la poesía arcaica, dado que ni el uso del alfabeto ni las inscripciones demuestran un uso sistemático de la escritura en la época arcaica.

En el capítulo IV (Homero y la escritura) se desarrolla la tesis central del libro: cómo fue compuesto el texto homérico y en qué fecha. Primero se aborda los factores técnicos que harían poco rentable, estando viva la transmisión oral, la redacción de una épica monumental en el siglo VIII: la funcionalidad de la escritura (*scriptio continua*, sin signos de puntuación) que dificultaría la capacidad lectora, la no existencia de una institución que asumiera el esfuerzo de la transmisión, y la carestía del soporte.

Seguidamente, desde el análisis de los factores internos de composición, ejecución y transmisión se concluye que los factores de oralidad y escritura pudieron estar presentes simultáneamente en la composición de los poemas (*transitional text*). La composición escrita estaría impedida por los factores técnicos arriba expuestos y la composición oral todavía plantea problemas de representación oral para unos poemas tan largos. De ahí nace la pregunta de si esta larga sucesión de cantos no fueron concebidos desde la escritura a partir de los procedimientos de la composición oral. Todo lo cual permitiría la ejecución de cantos aislados a partir de un texto escrito y fijado, sin necesidad de una ejecución oral de los poemas en su conjunto (p. 151). La transmisión de los poemas es problemática desde una concepción oralista y no oralista, si se parte del siglo VIII como fecha de composición. La homogeneidad de los manuscritos contradice una transmisión

escrita que ofrecería copias y versiones distintas. La transmisión oral implicaría cambios en la forma y contenido de los poemas.

Puesto que el siglo VIII plantea serios problemas para datar los poemas homéricos, el autor propone revisar los criterios sobre los que la investigación tradicional se ha fundamentado, sin la carga de tal fecha. De esta manera, los aticismos en la lengua y las referencias culturales tardías dejarían de ser considerados como interpolaciones; la poesía del Ciclo, Hesíodo y la lírica beberían en la misma tradición épica y desaparecería así el panhomerismo en la poesía arcaica. En la iconografía no aparece ningún dato homérico concluyente antes del siglo VI, y las noticias más relevantes sobre Homero corresponden también a la segunda mitad de este siglo. Analizados así desde esta nueva perspectiva, estos criterios constituirían una base inestimable para datar los poemas en el siglo VI.

Esta nueva fecha supone retomar la cuestión de la redacción pisistrática, que el autor acepta y sobre la que concluye que “es posible pensar que esta legendaria ‘reunión de cantos’ de que habla Cicerón y que tomaron al pie de la letra los analistas, no refleje sino la composición por escrito de un poema épico monumental a partir de temas y motivos de la tradición oral” (p. 247). Desde los factores externos se explica mejor por qué Pisístrato asumió la redacción de la *Iliada* y la *Odisea* y por cuestión de política interna eliminó del poema a Teseo y otras figuras sobresalientes, para no engrandecer a sus enemigos aristócratas, y dio una gran relevancia a Néstor y a los neíadas antepasados suyos y a la diosa Atenea. Al fijar por escrito el texto, Pisístrato reguló la ejecución de una tradición épica, impidiendo las improvisaciones de los aedos, y trasladó los festivales dionisiacos al contexto ciudadano, creando el marco adecuado para estimular la libertad creadora. Las razones de política externa, como los intereses de los pisistrátidas en la Tróade y la amenaza persa, podrían justificar también el interés de Pisístrato porque la *Iliada* se convirtiese en modelo y paradigma de la unidad griega frente al enemigo bajo la dirección de Atenas. La llegada de poetas jonios exiliados habría sido un factor coadyuvante.

En el capítulo V (Lírica arcaica) el autor expone que desde el nivel de composición, ejecución y transmisión la poesía lírica es fundamentalmente oral. Propone ediciones multitextuales frente a las ediciones críticas tradicionales, ya que al seguir el método lachmaniano, con una arbitraria distinción entre lecturas verdaderas y falsas, son inadecuadas para reflejar una tradición poética oral (pp. 336-7).

Termina el libro con una exposición (cap. VI: Los orígenes de la prosa) sobre el nacimiento y desarrollo de los géneros prosísticos en el siglo VI y un Sumario (cap. VII) donde se recapitulan las ideas y propuestas más relevantes.

Constituye este libro un trabajo valiosísimo no sólo por el gran esfuerzo de síntesis de las investigaciones más antiguas y recientes relacionadas con la poesía homérica, sino también por incluir todos los puntos de vista posibles, despojándose de los prejuicios de una sociedad y un tiempo que no alcanza a imaginar una organización siquiera mínima sin el apoyo de la escritura. Su eclecticismo le lleva a

no fijar conclusiones basadas en oposiciones radicales que no se podrían sostener con los datos que poseemos. Esta postura tan prudente fructifica en hipótesis novedosas que estimulan futuros estudios en el campo de la filología homérica.

AMELIA PEREIRO PARDO

CARLOS MOREU, *La guerra de Troya. Más allá de la leyenda*, Madrid, Oberon, 2005, 215 pp. + 8 de ilustr.

La presente obra pertenece a una nueva colección editada por la editorial Oberon en un intento de acercar la historia a la mayoría del público, sea o no especializado.

El autor, en la Introducción, claramente muestra su intención de exponer los hechos de una forma accesible y de clarificar la relación entre la épica arcaica y el mundo micénico. Para ello, el autor nos hace emprender un viaje a lo largo del Mediterráneo Oriental de los siglos XIII y XII a.C.

Como todo viaje necesita preparativos, en el Capítulo I nos presenta el mito de la Guerra de Troya, desde el juicio de Paris hasta los regresos de los héroes aqueos. A continuación explica cómo los griegos creían que era su historia y cómo luego romanos y otros pueblos enlazaban con los héroes griegos y troyanos haciéndose descender de alguno, hasta la época moderna, en la que una corriente escéptica puso en duda la existencia de esta guerra.

En el Capítulo II el autor nos lleva a Egipto, donde una inscripción en el templo de Medinet Habu de la época de Ramsés III refiere la lucha de los egipcios contra unos pueblos, denominados “Pueblos del Mar”, guardando algunos nombres semejanzas con los de los griegos, troyanos y licios, entre otros, que aparecen en los textos homéricos y en la Biblia.

Hasta la costa de Asia Menor llegamos en el Capítulo III, donde se centra en el descubrimiento de Troya por H. Schliemann, sin olvidarse de los precursores y refiriendo los estudios realizados por distintas personas. En este mismo capítulo viajamos a otras dos excavaciones de Schliemann, Micenas y Tirinto, además de ir hasta Creta, donde los restos arqueológicos coincidían con los de las otras ciudades, además de encontrarse, en las tres, tablillas con una escritura que se pasó a llamar Lineal B. A continuación, llegamos a Pilos, descubierta por Blegen, que también guarda semejanzas con las anteriores y nos adentramos en el desciframiento de las tablillas por parte de Chadwick y Ventris, quienes descubrieron que era un estadio de la lengua griega.

En el capítulo IV el autor nos relata la historia, a grandes rasgos, de otros grandes reinos de esa época como Egipto, el de los hititas, babilonios y asirios,